



ORTEGA ANTE EL ESTADO (1)

A D. José Ortega y Gasset, en el año
de su jubilación universitaria

"...porque un alma necesita respirar almas
afines, y quien ama sobre todo la verdad
necesita respirar aire de almas veraces".
(*El Espectador*, O. C. II, pág. 16.)

EN una serie de conferencias pronunciadas en 1950 y publicadas en forma de libro bajo el título "Science and Humanism", Schrödinger, uno de los más conspicuos físicos de nuestro tiempo, recogía con gran admiración y elogio diversos pasajes de *La Rebelión de las masas* de Ortega, especialmente de sus capítulos: "El mayor peligro, el Estado" y "La barbarie del especialismo". El gran hombre de ciencia reconocía que "cada día va ganando terreno la idea de que la especialización no es una virtud sino un mal inevitable, que toda investigación especializada sólo tiene valor en el contexto de la totalidad íntegra del saber. Cada día —continuaba— se hacen más y más débiles las voces que acusan de "dilettante" a un hombre que se atreve a pensar, hablar y escribir sobre cuestiones que requieren más que la preparación especializada para la que se encuentra uno "licenciado" o "cualificado" (2).

Con aguda intuición de sus íntimos enlaces relacionaba Schrödinger los dos referidos capítulos del libro de Ortega: "El mayor peligro, el Estado" y "La barbarie del especialismo". En efecto, el especialista —escribe Ortega (3)— "no es un sabio, porque ignora formalmente cuanto no entra en su especialidad; pero tampoco es un ignorante, porque es "un hombre de ciencia" y conoce muy bien su porción del universo. Habremos de decir que es un sabio-ignorante, cosa sobremañera grave, pues significa que es un señor el cual se comportará en todas las cuestiones que ignora, no como un ignorante,

(1) Texto de la conferencia pronunciada el día 18 de mayo de 1955 en el curso "El estado de la cuestión".

(2) Cambridge, 1951, pág. 6 y sigs.

(3) *La rebelión de las masas*, O. C. IV, pág. 218.

sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio. Y, en efecto, este es el comportamiento del especialista. En política, en arte, en los usos sociales, en las otras ciencias, tomará posiciones de primitivo, de ignorantismo". El especialista es para Ortega ejemplar eminente del hombre-masa, que constituye como la gravilla minúscula con que se fabrica el sólido compacto del Estado contemporáneo. El balarde que frente a sus excesos cabría oponer de una conciencia reflexiva centrada en sí misma, sabedora de sus dominios, de sus fronteras y de sus fuerzas cognoscitivas y creadoras, va siendo destrozado o, mejor dicho, atomizado por una especialización científica y profesional a ultranza.

Donde los efectos políticos de tal desarticulación del saber resultan más graves es, naturalmente, en lo relativo al conocimiento científico del Estado mismo. Los referidos rasgos de primitivismo, de ignorancia e irrespetuosidad se dan muy particularmente entre los especialistas de problemas políticos: el jurista de una nueva rama llamante del Derecho administrativo desconoce o desprecia toda posible Filosofía del Derecho y el Estado sociólogo, más o menos positivista, cualquier enfoque sobre el desarrollo histórico, aun moderno, de las formas de convivencia política. Las exigencias lógicas internas en el tratamiento científico de esa gran realidad que es el Estado quedan, por lo general, muy desatendidas, y, tratándose de una realidad humana en trance de gran desarrollo, su crecimiento y expansión incontrolados desde el lado de la ciencia.

"La esfera de una ciencia —escribe Husserl (1)— es una unidad objetivamente cerrada; no está en nuestro albedrío el modo y punto de deslinde entre las esferas de la verdad. El reino de la verdad se divide, objetivamente, en distintas esferas; las investigaciones deben orientarse y coordinarse en ciencias, con arreglo a estas unidades objetivas. Hay una ciencia de los números, una ciencia de las figuras geométricas, una ciencia de los seres animados, etcétera; pero no hay una ciencia de los números primos, de los trapecios, de los leones, ni mucho menos de todas esas cosas juntas". Pero la verdad es que en la órbita del conocimiento científico de esa gran realidad que es el Estado existen infinidad de pretendidas ciencias sobre trapecios y sobre leones políticos, y como consecuencia muchas técnicas personales y ufanas de domadores. Se dirá que ello es explicable por el enorme crecimiento de la realidad estatal; pero lo que es indudable, por de pronto, es lo inverso: que el Estado ha podido desarrollarse de manera desorbitada e incontralada con harta frecuencia gracias, en buena parte, a la dejación de una ciencia

(1) *Investigaciones lógicas*, trad. Madrid, I, pág. 25.

política unitaria capaz de considerarlo en su conjunto, de enjuiciar y de orientar su desarrollo.

No es tan evidente, como a primera vista parece, que la amplificación de un sector de la realidad provoque la desarticulación de la ciencia correspondiente. La amplitud de un objeto científico nada quiere decir en contra de la unidad radical de su tratamiento científico. Bien lo demuestra el caso de la ciencia física, donde al mismo tiempo que se agranda sin cesar su campo por el lado de las estrellas o del átomo, más se construye y simplifica en sus métodos, sus principios y sus leyes hasta el punto de que todas las que rigen el universo entero han quedado reducidas a la gravitatoria y a la del campo electromagnético, que aun se esfuerza Einstein tínicamente en compendiar en una sola ley.

Pero frente a la libertad y al señorío de que ha dado tantas pruebas la inteligencia humana frente a la naturaleza durante las décadas que van transcurridas de este siglo, ¡qué servidumbre frente a las realidades de la sociedad y del Estado! Me refiero a la servidumbre intelectual en el orden la ciencia, no a la servidumbre ideológica y partidista. Verdad es que no es lo mismo enfrentarse con ese tipo de realidad objetiva, fría, lejana, de los protones o las galaxias, que con ese otro tipo de realidad inmediata, tremenda o superbenévola de la revolución y el Estado, que se nos infiltra sin saberlo hasta lo más íntimo de nuestras vidas. Pero a la inteligencia europea nunca le han arredrado las dificultades de sus problemas. Curtida en sutiles aunque duras contiendas intelectuales en torno a las supremas cuestiones de la divinidad y la salvación, siempre la ciencia racional europea en su desarrollo ha dado la impresión de planear segura, suavemente, en una especie de descenso, ese descenso en que ha consistido la secularización de la cultura europea, y que en el caso de los estudios políticos ha conservado siempre el sello original del término "a quo" en formas, más o menos explícitas, de teología política.

En el campo del pensamiento político ¡qué vuelos tan seguros han descrito a lo largo de los siglos de la historia de Occidente las mentes de un Bodino o un Hobbes, de un Montesquieu o un Hegel! La yuxtaposición de tales nombres claramente indica que no me refiero para nada al contenido de su pensamiento, a la trayectoria de sus grandes vuelos intelectuales, tan diversos de dirección, sino al rasgo común a todos ellos de volar bien, amplia, seguramente. Ahora bien, lo característico de los pensadores en el campo de la ciencia política, desde hace ya unos cuantos decenios, es que apenas dos o tres han sido capaces de un amplio vuelo intelectual. La mayor parte de ellos se ha limitado a maniobrar a ras de tierra sobre los aerodromos universitarios, a iniciar apenas un

leve vuelo, o bien se han perdido raudos e irreales como un cohete mecánico en las regiones estratosféricas de la teoría pura del Estado kelseniana.

Es realmente curiosa la confusión en que nuestro tiempo se advierte dentro de la ciencia política entre la magnitud e importancia del objeto que estudia y el rango y la dignidad de la misma ciencia. La decisiva trascendencia en nuestros días de la realidad Estado considérase reflejada sin más, gratuitamente sin esfuerzo de sus cultivadores, en una excelcitud de su ciencia, cuyos problemas preténdese sean resueltos por la misma realidad a que se refieren. ¿No es el Estado hoy en día una máquina centralizada y racionalizada? Pues bien, esa centralización y racionalización efectivas no pueden menos de operar automáticamente sobre las múltiples y dispersas sedicentes ciencias políticas reduciéndolas a unidad y racionalidad. En nuestro tiempo el Estado es la gran panacea, y también el estudioso de su ciencia especial espera que el mismo Estado le resuelva sus problemas científicos, sin darse cuenta de que, muy al contrario, la ingente importancia de la realidad que estudia centuplica ciertamente la trascendencia y la responsabilidad de su ciencia, pero justamente en proporción directa a las dificultades internas de la misma y a los esfuerzos intelectuales que exige de su cultivador.

Mas lo cierto es que el especialista actual de la ciencia política es con harta frecuencia servidor, no de su ciencia, sino del Estado. Se ha convertido en un funcionario sumiso. Como si el astrónomo al descubrir que los espacios siderales y la multitud de sus estrellas eran mucho mayores que lo que se suponía hace unos cuantos años, en vez de ver aumentado el alcance de los telescopios y haber perfeccionado sus métodos y aguzado sus hipótesis científicas, se hubiera limitado a ponerse de rodillas ante tan infinita realidad y a cantar sus alabanzas o a perfeccionar la técnica de los horóscopos. En verdad, una gran parte de los cultivadores de la ciencia del Estado de nuestros días, en una extrañísima involución científica, ha pasado de la astronomía a la astrología política.

Ya a mediados del siglo XIX se advierte cómo empieza a flojear la inteligencia europea frente a los problemas de la vida estatal. Cabezas claras, poderosas, capaces de penetrantes intuiciones y de grandes formulaciones conceptuales, apenas ha habido después de Benjamín Constant, Stuart Mill, Hegel, Lorenz von Stein, Carlos Marx y algunos otros. El mismo Tocqueville, tan inteligente, tan honesto y tan verídico, se muestra deficiente desde el punto de vista de la formulación conceptual. Parece incapaz de agarrar los problemas por el cuello, sacudirlos de verdad hasta vencerlos y proponerles, más o menos fantascosa y acertadamente, una solución. Diríase que la realidad política le desborda y él se limitará a contemplarla y

a señalar con gesto melancólico la dirección que inexorablemente va a llevar el río impetuoso de la historia. Tocqueville viene a ser como un médico a medias, con magnífico ojo clínico para el diagnóstico, pero que se limitase a recetar que lo mejor es conllevar la enfermedad, cuidando de no hacer excesos para no quebrantar las fuerzas frágiles del organismo.

Ciertamente que en los últimos tiempos no han faltado "slogans" y fórmulas políticas grandes sistemas con pretensiones intelectuales, pero son por lo general de otra índole que los construidos por los referidos teóricos. No han sido botados al agua la mayor parte de las veces por sus auténticos pensadores políticos, sino por políticos más o menos pensadores, que es algo completamente distinto. La distinción no se refiere tanto al contenido concreto de tales ideas como a la índole formal de las mismas, que les priva en buena medida del derecho a titularse ideas. No se trata de mero rango en el orden especulativo, sino de una debilidad interna esencial.

Verdad es que Bodino, por ejemplo, no se sacó de la manga la idea de soberanía, ni Montesquieu la de división de poderes. Hacía falta muchas condiciones y supuestos de orden intelectual y real, concretamente histórico, para que tales ideas pudiesen ser forjadas. Para que surgiera de la pluma de Jean Bodin la idea precisa, bien articulada, rutilante de soberanía, hacía falta, entre otras cosas, que el monarca se hubiera ya constituido en la práctica como instancia cuasi soberana. La idea de soberanía de Bodino fué como una segunda corona que el gran jurista pusiera sobre las sienas coronadas de hierro y de prudencia del monarca francés. Pero era esta una corona que un monarca no se podía colocar con sus propias manos, como Napoleón, por muy genial que fuera. Luis XV dirá, en efecto, "L'État, c'est moi", pero no se le ocurrirá construir una doctrina de la soberanía, ni del Estado absoluto, como Hitler contruiría de su puño y letra su idea del Estado antes de implantarla.

* * *

En esto no se parecía a César. "César—escribirá Ortega (1)—no ha explicado nunca su política, sino que se entretuvo en hacerla. Daba la casualidad de que era precisamente César y no el manual de cesarismo que suele venir luego". César, sin embargo, era un magnífico escritor, un escritor clásico, con fina vocación intelectual, pero sabía distinguir entre hacer política y teorizar sobre la política que hacía. Es esto rasgo común a casi todos los grandes políticos. "César, mientras pasá en su litera los Alpes —escribirá Ortega (2)—, compone un tratado

(1) Ob. cit., IV, pág. 150.

(2) Ob. cit., pág. 258.

de Analogía, como Mirabeau escribe en la prisión una Gramática, y Napoleón, en su tienda de campaña, sobre la nieve rusa, el minucioso Reglamento de la Comedia Francesa. Yo siento mucho que la veracidad me obligue a decir que no creeré jamás en las dotes de un político de quien no haya oído cosa parecida. ¿Por qué? Muy sencillo. Esas creaciones suplementarias y superfluas son síntoma inequívoco de que esos hombres sentían *frucción intelectual*.

Pero la sentían o, mejor dicho, ponían en práctica su sentimiento de mancha suplementaria y superflua. El político ha de tener para ser completo una dimensión intelectual pero sin confundirla con su dimensión axial de político. Hay "dos clases de hombres —ha escrito Ortega (1)—: los ocupados y los preocupados; políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse, es preocuparse de las cosas, es interponer ideas entre el desear y el ejecutar. La preocupación extrema lleva a la apraxia, que es una enfermedad. El intelectual es, en efecto, casi siempre un poco enfermo. En cambio, el político es —como Mirabeau, como César—, por lo pronto, un magnífico animal, una espléndida fisiología". Un alma impulsiva como la suya no se fija en el cariz del acto, sino en su realización inmediata. El hombre intelectual, el moral, contempla sus propios actos; por eso no suele ejecutarlos. Pero el hombre político, de naturaleza impulsiva, no se anda en contemplaciones; en él lo primario ya es el operar.

Por eso dirá Ortega que las palabras, y dentro de ellas las ideas, son para el político "tan sólo instrumentos". De otro modo: él no es sus ideas; cuando las finje no se niega, porque él no consiste en ellas. *Vic versa*, no acertará a ver la realidad íntima de los demás; sólo percibirá de ellos su porción utilizable. "Yo no puedo excomulgar a nadie —decía Mirabeau—. En verdad, todo me parece bien: los sucesos, los hombres, las cosas, las opiniones; todo tiene un asa, un agarradero." "La expresión es certera —concluye Ortega (2)—: el gran político todo lo ve en forma de asa".

La cosa tiene su exigencia funcional, su destino cierto; pero también sus peligros, cuando ese carácter prensil de lo político se extiende irrespetuosamente a toda suerte de ideas y anula el ámbito de libertad intelectual en que, con toda suerte de condicionamientos de orden histórico, social y moral, se ha movido el gran pensamiento político europeo. El mismo Ortega escribirá que "una política es clara cuando su definición no lo es. Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política, o se viene para hacer definiciones". "Ni este volumen ni yo —escribirá

(1) *La rebelión de las masas*, O. C. IV, pág. 256.

(2) *Mirabeau o el político*, O. C. III, pág. 652.

Ortega en su *Rebelión de las masas* (1)—somos políticos. El asunto de que aquí se trata es previo a la política y pertenece a su subsuelo. Mi trabajo es oscura labor subterránea de minero. La misión del llamado "intelectual" es, en cierto modo, opuesta a la del político".

Opuesta, sí, pero complementaria desde su esfera en orden a la inteligencia consigo mismo de la política. Y si el Estado expropia la función estricta y rigurosa de la ciencia política o la somete a su fácil férula, se priva a sí misma del auxiliar decisivo que siempre ha sido, al menos en Occidente, el pensamiento político riguroso y científicamente constituido. Ha sido esencial y uno de los rasgos más distintivos de la gran política occidental, ese margen de juego que siempre ha dejado a un auténtico pensamiento político, sin el cual sería inexplicable el rumbo largo, complicado y certero que la historia europea ha seguido hasta la maduración de las grandes organizaciones estatales modernas. Los Estados modernos de Occidente han sido una creación de la voluntad, del "ethos", de la prudencia política; pero también llevan el sello de la inteligencia clara, penetrante y previsora de Europa. Felipe II, Luis XIV, Federico II, Cisneros, Richelieu, Bismarck hicieron lo suyo; pero a su lado no es nada despreciable la contribución de Vitoria y Suárez, de Bodino y Bossuet, de Locke y de Burke, de Fichte y Hegel y tantos más.

"Una vez más aconteció —ha escrito Ortega— lo que es casi normal en la historia, a saber: que fué predicha... Siempre será (el político) quien deba gobernar, y no el profeta; pero importa mucho a los destinos humanos que el político oiga siempre lo que el profeta grita o insinúa. Todas las grandes épocas de la historia han surgido de la sutil colaboración entre esos dos tipos de hombre. Y tal vez una de las causas profundas del actual desconcierto sea que desde hace dos generaciones se han declarado independientes y han cancelado esa colaboración." En efecto, la tenue línea profética, anticipadora, utópica, que el pensamiento político occidental trazaba marcando tantas veces el rumbo a la política efectiva, viene a interrumpirse a partir de las últimas décadas del pasado siglo y sobre todo después de la primera guerra europea. La ideología se apodera de la teoría política, hasta el punto de que hoy, desde las perspectivas sociológicas y relativizadoras de un gran sector de la ciencia política vigente, se interpreta como meras posturas ideológicas las grandes construcciones de los filósofos clásicos del Estado. Pero sería fácil dar la vuelta a esa interpretación y no ver en ella más que la actitud resentida de quienes se satisfacen arrojando o suponiendo en los predecesores las propias lacras. Lo cierto es que si Bodino o Montesquieu, Locke

(1) *Ob. cit.*, O. C. III, pág. 617.

o Kant se hubieran limitado a nutrir su pensamiento a través de ese secreto cordón umbilical de la ideología, y no hubieran sido capaces de reaccionar frente a la realidad histórica de su tiempo, penetrándola y prediciéndola, desde el plano objetivo de una auténtica filosofía política, no habrían gravitado como lo han hecho en la historia constitucional y política de Francia, de Norteamérica, de Alemania, y en general de todos los países de Occidente.

Pero, como antes decíamos, la ciencia política contemporánea carece de profunda, de unitaria perspectiva intelectual. Se encuentran sus cultivadores, por lo general, demasiado cerca de la realidad que van a estudiar, y es ella demasiado grande para que quepa entera en las pupilas. El moderno Leviathan no puede ser visto desde cerca; lo más que se puede, en este caso, es examinar alguna de sus aletas natatorias, o un trozo de su piel gruesa, grasienta, de gran paquidermo. Pero para ver su perfil es preciso ponerse a cierta distancia, y para saber a qué especie zoológica pertenece, menester es contemplar desde lejos sus movimientos y seguir el rumbo que describe.

Es lo que ha tenido que hacer Carl Schmitt, uno de los pensadores políticos más agudos de nuestro tiempo, para intentar comprender las ingentes realidades políticas que se cernían o se encontraban ya posadas sobre su país. El profesor alemán ha debido echarse hacia atrás bastantes pasos, "prendre du recul", como dicen los franceses, y subirse a un buen mirador de la filosofía política: encaramarse sobre los hombros de Hobbes. Nada más fácil parece, en principio, que el hecho de que ante la realidad más cruda del moderno Leviathan político surgiera al menos la idea-mito del Leviathan. Pero lo cierto es que no es así. De cerca cabe ver, según decíamos, los remos o las fauces, no el entero perfil del monstruo. La idea-mito del Leviathan político sólo podía surgir de la mente humana, cuando no existía tal fauna política por el mundo, sino, al contrario, un mar encrespado, lleno de ciudadanos naufragios en el oleaje atizado por los vientos de la guerra civil.

Efectivamente, la idea del gigantesco, mecánico y absoluto Estado moderno, fué fabricada por las manos hábiles de Hobbes, como se fabrica un bergantín encargado de hacer navegable a los hombres sirtes peligrosas en el mar de la historia humana. Y sólo embarcado en él ha podido Carl Schmitt contemplar en su entera silueta la ingente construcción de ciertos Estados de nuestros días. "Non jam frustra doces", le dirá el profesor alemán al pensador inglés al terminar su libro titulado *Der Leviathan* (1).

No se trata sólo de la teoría del Estado totalitario. Lo mismo ocurre en el fondo con las otras direcciones de la teoría po-

(1) Trad. Madrid, 1941, pág. 135.

lítica contemporánea. También Maurras podía haber dicho a Augusto Comte "non frustra doces" —por lo menos en lo que a su pensamiento se refiere—. Y Röpke y Hayck, o tantos otros pensadores liberales de nuestros días se limitan con frecuencia a ser meros portavoces, melancólicos en este caso, de los grandes pensadores políticos y económicos del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX. Lo mismo ocurre con el pensamiento tradicionalista. En este caso, quizá por la índole misma de tal pensamiento, parezca justificada la referencia al pasado: a Donoso, a Bonald, a de Maistre, a Burke; pero la verdad es que tales escritores tuvieron que inventar por su cuenta la justificación conservadora y tradicionalista del Estado, que viene después de la justificación teórica racionalista, por responder, entre otras cosas, a un tipo de razón más complicado.

En general, el pensamiento en la ciencia política de nuestra centuria es un pensamiento de apoyatura, alzado sobre los hombros de pensadores más señeros del pasado. No hace a ello excepción el mismo pensamiento político ruso, que no en vano lleva la denominación de marxismo-leninista staliniano, donde el sustantivo, aunque su contenido se encuentre tan deformado por la adjetivación, encierra cuando menos el mérito de haber dado muestras de una vigorosa capacidad de formulación conceptual, de haber troquelado esas "idécs-forces", que tan de menos se echan —necesario es confesarlo— en el pensamiento político-científico de nuestros días, aun en aquellos casos de mayor reciedumbre y originalidad intelectual, como ocurre en el de Maurice Hauriou.

* * *

No es ello culpa sin más de los pensadores de la ciencia política contemporánea, sino de las dificultades internas de sus problemas, y en buena parte también del abandono en que se han encontrado por parte de los filósofos "stricto sensu". En la historia del pensamiento político occidental cabe distinguir —desde la misma Grecia— dos líneas diferentes, aunque íntimamente enlazadas: la del pensamiento específicamente político, y la representada por los filósofos que desde su campo se han tropezado más o menos marginal, aunque siempre temáticamente, con los problemas de la convivencia política. De una parte se encuentran los pensadores constreñidos fundamentalmente al orden político con su formación histórica, sociológica y jurídica, tipo Bodino o Montesquieu; de otro lado, las grandes figuras de la filosofía que desde ella han abordado las cuestiones relativas al Estado, como Santo Tomás, Spinoza o Kant. El hecho de que los pensadores como estos últimos —tan alejados temperamentalmente del campo de lo público— hayan abordado con impacto tan decisivo tantos capítulos del pensa-

miento político, pone de relieve que hasta mediados del siglo XIX apenas se podía filosofar sin hacer filosofía política.

Es evidente que casi todos los grandes filósofos, desde la Escolástica hasta el idealismo alemán y el positivismo francés, han especulado sustancialmente acerca de la política y el Estado. La línea se interrumpe en la segunda mitad del siglo XIX y el punto de ruptura se puede situar, como tantas veces ocurre, en Nietzsche (con su precedente según, también, suele ocurrir en Kierkegaard). Un libro como *Der Wille zur Macht* significa la renuncia a la posibilidad de una gran filosofía del Estado, porque supone o promueve la absolutización del mismo como voluntad de poderío y, en definitiva, la sumisión a su facticidad de todo criterio exigitivo racional. Con frase de Heidegger podríamos decir que Nietzsche significa también en el campo de la filosofía política el triunfo del nihilismo.

Cierto es que nuestro siglo conocerá un florecimiento extraordinario del pensamiento filosófico: Dilthey, Husserl, Brentano, Bergson, Max Scheler, Heidegger, Sartre ocupan y ocuparán seguramente siempre un lugar muy destacado en la historia de la filosofía europea; pero sus contribuciones a la filosofía política han sido bien escasas. Casi todos esos pensadores han vuelto las espaldas a los grandes problemas de la convivencia política, aunque en principio sus tesis filosóficas centrales parecían con frecuencia bien próximas a tal género de ocupación. ¿No era fácil hacerse cuestión desde el existencialismo —por emplear esta palabra tan ambigua— de los problemas de la coexistencia política? Pero la verdad es que, aunque el camino a recorrer fuera breve, apenas ha sido andado. Queda ciertamente indicado con energía el arranque de tal camino en *Sein und Zeit*, pero buscad las huellas un poco más avanzadas en *Holzwege* y sólo encontraréis vulgaridades o simplezas sueltas, indignas del genio del autor.

Ortega ha escrito, con razón, algunas de las páginas más airadas que han salido de su pluma contra Max Scheler por su libro *El genio de la guerra y la guerra alemana* (1). En este caso aún cabía la disculpa de la fiebre helicista del momento; pero no así en el caso de su *Nation und Weltanschauung* (2) y en el de otros ensayos fabricados con ligereza impropia del talento de Scheler y de su cultivo asiduo de la ética y de la sociología. En cuanto a Sartre, sabido es que de continuo aborda los problemas políticos con pujos filosóficos o literarios, pero justamente por ello es ejemplo consumado de cómo la filosofía "sensu stricto" de nuestros días tiene abandonadas las cuestiones políticas, al prescindir un cultivador tan destacado como

(1) O. C. II, pág. 186 y sigs.

(2) *Schriften zur Soziologie und Weltanschauungslehre. Nation und Weltanschauung*, Leipzig, 1925.

el pensador francés de su condición rigurosa de filósofo en cuanto salta al área de la política, para convertirse en brutal partidario, que usa de sus armas intelectuales como un gladiador.

* * *

Ortega ha sido uno de los poquísimos filósofos del siglo xx que se ha hecho cuestión temática y asiduamente de los problemas que plantea la dimensión política de la vida humana, que no le ha vuelto las espaldas a la superbenefactora y tremenda realidad del Estado para encerrarse en su torre de marfil. Desde fecha temprana se situará Ortega frente a los problemas del Estado en una paradójica conciliación de dos actitudes contrapuestas, como toreado al mismo tiempo a tan peligroso y hermoso animal de cerca y de lejos. En su conferencia titulada "Vieja y nueva política" postulará Ortega la constitución de un grupo que encauce la vida política española, pero no desde el caparazón del aparato estatal, sino desde la entraña de la vida nacional. "Nadie está dispuesto —decía (1)— a defender que sea la Nación para el Estado y no el Estado para la Nación, que sea la vida para el orden público y no el orden público para la vida. Algo, pues, debe haber latente, y es la convicción de que hay motivos para que sea de especial urgencia entender por política el conjunto de labores cuyo fin sea el aumento del pulso vital de España, especialmente aquellas que signifiquen el violento acoso de esta raza valetudinaria hacia una enérgica existencia."

Ortega examinará en tal conferencia problemas concretos de la vida política de la Restauración; pero situándose, no en su línea, sino desde el fondo o los supuestos pre-políticos de la nación, de acuerdo con su intuición de la vida histórica. Tal intuición se irá perfilando y articulando en el curso de los años, a través de diversos escritos, en su filosofía de la razón vital, que constituirá una posición de arranque cada día más sólida, distinta y crítica para el examen de la realidad estatal. Lo primario para comprender ésta es ganar distancia, verla desde lejos, con el fin de poder abarcar la silueta entera de su enorme figura, y circundarla por sus distintos costados, provisto el observador de claras categorías intelectuales que analicen, midan y sitúen tan voluminoso tema de estudio. Sólo una retracción filosófica, similar a la que Sócrates realizara en su tiempo o a la que los grandes físicos de nuestros tiempos han puesto en práctica, puede colocar al pensador en la actitud que exigen las circunstancias de la vida política actual.

(1) *Vieja y nueva política*, O. C. I, pág. 278.

"Newton —escribirá Ortega (1)— pudo crear su sistema físico sin saber mucha filosofía; pero Einstein ha necesitado saturarse de Kant y de Mach para llegar a su aguda síntesis. Kant y Mach —con estos nombres se simboliza sólo la masa enorme de pensamientos filosóficos y psicológicos que han influido en Einstein— han servido para *liberar* la mente de éste y dejarle la vía franca hacia su innovación. Pero Einstein no es suficiente. La física entra en la crisis más honda de su historia y sólo podrá salvarla una nueva enciclopedia más sistemática que la primera." No le va ciertamente a la zaga la ciencia histórica y la política a la física en punto a hondura de crisis, así como en exigencias de liberación mental como vía de salvación, la cual sólo puede venir del "recul", de la retracción filosófica y de la constitución de una sistemática enciclopedia de las ciencias humanistas.

Ortega se ha entregado a tales menesteres partiendo de su filosofía de la razón vital, sobre la que es posible construir coherentemente una historiología con categorías científicas rigurosas, sólidamente fundadas y de flexible aplicación, las cuáles proporcionan un copioso arsenal para abordar el estudio del Estado. Los conceptos de creencia, mundo, crisis, alteración, etcétera, se han ido elaborando en las sucesivas publicaciones y cursos de Ortega desde la referida conferencia de 1914 hasta el curso sobre *El hombre y la gente*, pasando por *La España invertebrada*, *La rebelión de las masas*, *En torno a Galileo*, *Esquema de las crisis*, *Historia como sistema*, *Ideas y creencias*, *Ensimismamiento y alteración*, etc.

En tales escritos el tema del Estado aparece como "leit-motiv" continuo, aunque no se encuentre sistemáticamente tratado. Escritos más ceñidos a las cuestiones políticas como *El origen deportivo del Estado* o *Mirabeau o el político* ocupan con sentido más preciso de lo relativo al origen del Estado y a la estructura antropológica y moral del hombre político, y circunscriben por lados tan esenciales, así como múltiples capítulos de *La rebelión de las masas*, una teoría sistemática acerca del Estado. Desgraciadamente su exposición total quedó manca en el último curso de Ortega sobre *El hombre y la gente*, aunque esperamos que pronto verá la luz tan anunciado libro con sus capítulos correspondientes a las cuestiones que aquí nos interesan.

Es posible, sin embargo, deducir de las publicaciones de Ortega las líneas generales de su teoría sobre el Estado. Pero lo más esencial de nuestra deuda con Ortega en este terreno no es que nos haya ofrecido una teoría más o menos perfeñada, sino que, como filósofo del perspectivismo, nos haya situado a la distancia conveniente de nuestro objetivo, sobre el que nos abre

(1) *La rebelión de las masas*, O. C. IV, pág. 219.

grandes y unitarias perspectivas, proveyéndonos, al mismo tiempo, del utillaje metódico para sacarles partido. Lo primero a hacer era trazar unas claras coordenadas cartesianas para situar respecto de ellas los problemas de la vida política, y Ortega las ha trazado, tanto en el sentido horizontal del desarrollo histórico como en el sentido vertical de la estructura social de la vida, con sus distintas formas concretas.

Ortega dedicará una atención especial al origen del Estado y a su desarrollo a través de los tiempos, con claros análisis sobre los enlaces entre sus distintas etapas. Su concepción de la razón histórica pone de relieve la dialéctica interna de la evolución de las formas políticas, dentro de una historia concebida como sistema. El Estado está visto desde la historia, desde las raíces concretas de su formación y desarrollo; pero también la historia está vista en función del Estado. La historia es para Ortega fundamentalmente historia política; por eso dedicará tanta atención a la romana, que con demasiada frecuencia pasa a segundo término para los historiadores o filósofos de la historia de nuestros días, más inclinados a ver el pasado desde el ángulo del arte, de la religión, del pensamiento o de la cultura en general. La preocupación por la historia de Roma es piedra de toque para distinguir a los verdaderos pensadores políticos desde el Dante, pasando por Maquiavelo, Montesquieu, y tantos otros, hasta Ortega.

“El Imperio romano —escribirá (1)— es, muy probablemente, la realidad de mayor trascendencia hasta ahora manifiesta en la historia humana”. La historia del Imperio romano es ya, para Ortega, el primer estrato de la historia de Europa, no sólo un precedente como la historia de la República o la historia de Grecia (2). “Estoy hablando —escribirá otra vez (3)— de la sociedad más ilustre que acaso nos ofrece la historia: El Imperio romano, y, cualquiera sean las fecundidades indirectas que de ella han dimanado, resulta que esa sociedad, en cuanto tal sociedad, es un fenómeno tan tremendo y espantable, tan superlativamente absurdo, que parecería por completo ininteligible a quien se acerque hurtadas las retinas con un barniz de nociones beatíficas sobre lo que es siempre la convivencia humana”.

* * *

Retengamos el doble apelativo orteguiano de sociedad, la más ilustre y, luego, de fenómeno tremendo y espantable. No hay contradicción en ello: manifiéstase de esta suerte la doble

(1) *Historia como sistema y del Imperio romano*, O. C. VI, pág. 53.

(2) *Ob. cit.*, O. C. VI, pág. 73.

(3) *Ob. cit.*, O. C. VI, pág. 74.

vertiende de todo fenómeno político, que es siempre una encrucijada. Ortega pondrá constantemente de relieve ese carácter de encrucijada problemática de toda realidad política. Encrucijada, también decíamos, de coordenadas cartesianas: histórica, horizontal, la una; sociológica, en profundidad, la otra. Justamente el caso del Imperio romano le servirá a Ortega para hacer penetrante un estudio en profundidad en lo relativo a la estructura antro-po-sociológica de las creencias. En su estudio sobre el Imperio romano desarrollará Ortega algunos de sus análisis más originales y precisos de lo que el Estado sea, especialmente en los capítulos titulados "Vida como libertad y vida como adaptación" y "El Estado como piel". La forma política cuando se ciñe perfectamente al cuerpo social; es decir, cuando se encuentra nutrida y vitalizada por fuertes creencias sociales, es una forma ingrávida, como lo son verdaderamente las formas; es, cabría decir, una forma "en forma", por aplicar esta expresión tan familiar a Ortega. El Estado es mera piel, no se le siente, y entonces se vive verdaderamente en libertad; es decir, equilibrada, armónicamente con los deseos y creencias sociales.

La visión histórica del Estado combínase así en Ortega con una profunda visión sociológica, y ambas se conjugan o se encuentran —si se quiere— servidas por una manera concreta, intuitiva, artística, de captar las realidades del orden que sean, de que siempre da muestras Ortega. Ortega —se oye con frecuencia— es un gran escritor, dotado de un maravilloso talento literario, sobreentendiéndose, a veces, en el elogio que literatura y ciencia son como los platillos contradictorios de una balanza, que sube el uno cuando baja el otro. Pero lo cierto es que, al menos por lo que se refiere a los clásicos del pensamiento político, las dotes literarias e intelectuales han ido casi siempre fundidas. Suprimid a Maquiavelo, a Montesquieu, o incluso a Hegel, sus estupendos talentos de escritores y menguará grandemente, en algún caso esencialmente, el valor intelectual de sus obras respectivas. La realidad política es de una naturaleza muy compleja, máxime en nuestros días, y para capturarla en su máxima concreción, hace falta una mirada plástica, de artista, con sus dosis bien mezcladas de patetismo, de retórica y a veces de ironía.

No se trata de un esteticismo formal y literario, sino de una íntima fruición intelectual. Ortega es capaz de expresar lo más jugoso del pensamiento político, por lo general, demasiado seco. Siempre le guardaré gratitud especial por una frase con la que topé cuando, partiendo de un estudio inicial sobre el pensamiento político de Cánovas, me retrotraía a la lectura de los doctrinarios galos. Dice Ortega en su Prólogo para franceses de *La rebelión de las masas*: "Por lo menos, garantizo a quien

se proponga formular con rigor sistemático las ideas de los doctrinarios, placeres de pensamiento no esperados y una intuición de la realidad social y política totalmente distinta de las usadas". El juicio refrendaba atisbos personales y señalaba, como tantas veces en Ortega, una preciosa orientación, que mi experiencia personal confirmó plenamente.

Por el vigoroso ataque de que hace objeto al Estado mentalmente Ortega en las tres dimensiones referidas, su visión del mismo se presentará con dos características aparentemente contradictorias: analítica en grado sumo, la una; comprensiva, sintética, la otra. En efecto, los diversos momentos o ingredientes de la organización estatal resultan distinguidos netamente y aún separados en las páginas orteguianas. Los capítulos de una Teoría general del Estado, entendida al modo sistemático de Hauriou por ejemplo, aparecerán tratados con frecuencia por la pluma de Ortega como si fuesen opúsculos independientes y a veces contrapuestos, con ese enfrentamiento dramático realizado por una viva retórica tan característica de nuestro pensador. Lo que recibe el nombre específico de Estado, en Ortega es, corrientemente el mecanismo del mando, el cual resulta contrastado con la nación, con la libertad, con la opinión pública, etc. En un libro sistemático de Teoría política tales cuestiones estarían tratadas conjuntamente; pero Ortega no es un jurista de Derecho público, sino un pensador que especula sobre el Estado incidiendo sobre él con filosófico desbarrazo, introduciendo profundamente su bisturí crítico por las articulaciones de su organismo, para llegar a últimos análisis. La gran figura del Estado nacional de nuestros días resulta así descoyuntada, desarticulada sin contemplaciones, como por un médico que hiciera una autopsia a fondo.

Con tanta mayor radicalidad cuanto que Ortega sospecha que en el organismo estatal de nuestros días se ha deslizado una fuerte dosis de veneno que es preciso descubrir, o que acaso alguna de sus glándulas marcha a un ritmo acelerado, por lo que el Estado se ha desarrollado de modo excesivo en fundamentales aspectos, y es preciso descargar sobre su dura costra y sus macizas articulaciones cortantes golpes de hacha para explorar su anatomía y ver dónde se encuentra la clave del problema. Pero tal actitud no quiere decir que Ortega desconozca la función esencial de lo político. El título del citado capítulo de *La rebelión de las masas* "El mayor enemigo, el Estado", hay que entenderlo desde el contexto, y no significa que Ortega tenga un "parti pris" liberal, entendiéndolo este término de manera estricta y limitativa. Verdad es que el referido libro respira con noble soplo liberal; pero hay que leer el Epílogo para ingleses escrito algunos años después, el ensayo sobre el Imperio romano, y otros escritos posteriores para ver la enorme libertad intelectual con que Ortega procede también frente al liberalismo.

El liberalismo —ha escrito Ortega (1)— es “el más noble grito que ha sonado en el planeta... Por eso, no debe sorprender que (la especie humana) prontamente parezca resuelta a abandonarlo”. Pero en la misma *Rebelión de las masas* proclamará Ortega: “Si yo defiendo el liberalismo del siglo XIX contra las masas que incivilmente lo atacan, yo no renuncio a una plena libertad frente a ese propio liberalismo”. “La historia de Europa —había escrito antes— ha sido hasta ahora una educación y fomento de la individualidad... Magnífico o humilde, para el hombre, vivir es, en su raíz misma, haberse quedado sólo”. El hombre ha de ensimismarse para encontrar el hontanar de la vida. Pero tratase de una fuente de donde mana rigor, exigencia, que impone una disciplina más fuerte que la vida social, y de la que ésta, en última instancia, se ha de nutrir. Vida individual, libertad, quiere decir para Ortega disciplina aristocrática, pretensión de lo mejor, rigor vital consigo mismo. Ortega sostendrá una interpretación aristocrática tanto del hombre como de la historia y de la sociedad. Es, acaso, el más esencial enlace entre los diversos órdenes de la vida para Ortega.

“He dicho, y sigo creyendo cada día con más enérgica convicción, que la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto de que es sociedad en la medida en que es aristocrática, y deja de serlo en la medida en que se desaristocratiza.” El sentido aristocrático de la vida; es decir, la vida como tensión y superación constante, es común denominador tanto para la pública como para la privada. Por eso Ortega se declarará (2) en contra de “el dulce liberalismo”, que “no llegó nunca a ver claro lo que significa el fiero hecho que es el Estado, necesidad congénita a toda “sociedad”; de igual manera que se manifestará en contra de Hegel que, al extremo opuesto, diviniza al Estado con un misticismo insensato.

Libertad y mando se encuentran en implicación constante, a veces en contienda, pero fraterna siempre. La libertad concreta, efectiva, surge del mismo seno de la sociedad. Ortega se declarará enfrente de la frivolidad e insustancialidad de un liberalismo que considera que la libertad consiste en proclamar a voleo, sobre un país cualquiera, cualesquiera libertades. “La vida como libertad supone la continuidad perfecta y circulatoria del existir colectivo desde el fondo de sus creencias hasta la piel, que es el Estado, y desde ésta, otra vez, en reflujo, hacia las entrañas de su fe” (3). “No existe ninguna libertad concreta —escribirá también— que las circunstancias no puedan

(1) *La rebelión de las masas*, O. C. IV, pág. 192.

(2) *Historia como sistema y del Imperio romano*, O. C., pág. 107.

(3) *Ob. cit.*, O. C. VI, pág. 107.

un día hacer materialmente imposible". Las circunstancias en que se envuelve la vida, realidad radical, que es suprema instancia exigitiva tanto frente al Estado como frente a las libertades. Las diatribas que de continuo dirige Ortega contra aquél consisten en que su excesivo crecimiento producirá la cerrazón de las vías circulatorias por donde discurre la savia de la vida histórica. "Este es —escribirá (1)— el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva, sostiene, nutre y empuja los destinos humanos."

La visión orteguiana de los problemas políticos, amplia, flexible, discriminadora, es al mismo tiempo central y superideológica. Poder y libertad, Estado e individuo, mando y obediencia han de responder por igual ante el tribunal riguroso de la razón vital. A veces las circunstancias históricas imponen la vida como adaptación. El Imperio romano es claro ejemplo de ello, examinado una y otra vez por Ortega, porque es un antecedente aleccionador —positivo y negativo— para nuestro tiempo, un tiempo cuyo sentido colectivista fué ya profetizado por los grandes liberales, como Stuart Mill y Tocqueville. "El extracto primario de nuestra vida es un tejido de colectividad" —dirá Ortega (2).

Su concepción del Estado se encuentra en estrecho enlace con su idea de las crisis históricas. Toda sociedad es una ecuación entre sociabilidad e insociabilidad de sus miembros; cuando la ecuación es perfecta y existe una opinión pública unitaria, de robusta vigencia, el poder público es la emanación energética de la opinión pública. Cuando esa ecuación se rompe —decía Ortega en su última lección del curso "El hombre y la gente"— y penetra profundamente la escisión en el cuerpo de creencias sociales, de suerte que en vez de una opinión unitaria no hay más que opiniones particulares de grupo, particularistas, hasta llegar al planteamiento de la guerra civil, el cuerpo social ha de reaccionar frente a las fuerzas antisociales mediante el Estado, fundado en las fuerzas armadas. La sociedad es una realidad deficiente que compensa su deficiencia con el Estado, que es un aparato ortopédico sin el cual ella se disociaría.

Así, pues, el volumen de la esfera estatal varía grandemente a lo largo de la historia, en función siempre del equilibrio interno de la sociedad. La variación no es sólo cuantitativa, sino también cualitativa, pues cuando la unidad de creencias en el cuerpo social es vigente y decisiva, lo político es como re-

(1) *Ob. cit.*, O. C. IV, pág. 224.

(2) *Ideas de los castillos*, O. C. II, pág. 414.

mate ingrávodo: el Estado es sentido como piel; cuando esa unidad espontánea de creencias se rompe, el Estado ha de imponerla, y es sentido como adaptación, como aparato ortopédico. Pero, en definitiva, la sociedad es siempre deficiente y requiere siempre la coronación de lo político. El Estado significa una forma superior de sociabilidad, también cuando se encuentra vivido como piel. "El Estado —ha escrito Ortega en *La Rebelión de las masas* (1)—empieza cuando se obliga a convivir a grupos nativamente separados. Esta obligación no es desnuda violencia, sino que supone un proyecto incitativo, una tarea común que se propone a los grupos dispersos. Antes que nada es el Estado proyecto de hacer y programa de colaboración... El Estado no es consanguinidad ni unidad lingüística, ni unidad territorial, ni contigüidad de habitación. No es nada material, inerte, dado y limitado. Es un puro dinamismo —la voluntad de hacer algo en común—, y merced a ello la idea estatal no está limitada por término físico alguno... Agudísima la conocida empresa política de Saavedra Fajardo: una flecha, y debajo: "O sube o baja". Eso es el Estado. No una cosa, sino un movimiento".

Al lado de la función circunstancial, coactiva, ortopédica del Estado, consistente en reajustar la unidad del cuerpo social cuando se resquebraja, se encuentra la función normal, activa, ascendente, del Estado como empresa del mañana. Es una propuesta de vida en común abierta al futuro, que promueve la colaboración de todos y los eleva a un plano superior, más ancho de vida en común. Lo que ocurre es que en esta función, la más activa y creadora del Estado, precisamente por ser así, no sentimos al promotor. Lo político es como atmósfera incitante que envuelve al hacer colectivo e individual, pero que precisamente de tan vital y sugestiva que es no la sentimos, como no nos damos cuenta de que respiramos. "Sólo la ilusión del imperio y la disciplina de responsabilidad —ha escrito Ortega— que ella inspira pueden mantener en tensión las almas de Occidente. La ciencia, el arte, la técnica y todo lo demás viven de la atmósfera tónica que crea la conciencia de mando".

De esta suerte, frente a la reducción de lo estatal en sentido coactivo y mecanizado, nos encontramos en Ortega con una visión amplísima, sutilísima, de lo político, que penetra por todos los poros la vida social e histórica, que la dinamiza y espolea hacia el futuro. Y, justamente por esa visión, dinámica de lo estatal, es posible —dentro de la concepción ortegianiana— trascender la forma concreta del Estado nacional y llegar a formas superiores más integradoras de organización política; es decir, a empresas más ambiciosas y sugestivas de convivencia en un plano supranacional europeo, según Ortega, adelantán-

(1) Ob. cit. III, pág. 621.

dose a nuestra actual coyuntura, postuló en los capítulos finales de su *Rebelión de las masas*.

* * *

Sin duda que un pensamiento sobre el Estado como el suyo, al mismo tiempo vivo e incisivo y de gran vuelo, de amplia perspectiva filosófica, plantea serios problemas de encaje, de integración entre sus distintas direcciones. Ortega ha sido consciente de ello y se los ha planteado radicalmente. "Con la aparición del Estado, de los gobernantes y de la ley —decía Ortega al final de su última conferencia sobre "El hombre y la gente"— surge algo que parece opuesto a los usos, que funcionan anónimamente, irracionalmente, mientras que en el Estado la sociedad encarga a individuos determinados el empleo del poder público y de crear la ley, que pretende actuar con la más clara racionalidad, como medio para un fin. ¿Cómo conciliar esto con mi teoría de que los usos son anónimos? Esta es la objeción máxima a mi doctrina, que procuraré contestar si en la primavera reanudo este curso".

Una de las grandes virtudes de la actitud intelectual de Ortega es justamente que no se cierra sobre sí misma, que no se sacrifica al espíritu sistemático, que no se sitúa a la defensiva, sino que se abre a la interrogación, al diálogo y a la disputa. Es esta una doble virtud, tanto del tipo objetivo de su pensamiento como de la alta calidad moral del autor, de la moral más difícil acaso para el español: la relativa a la libertad intelectual del coloquio y el confrontamiento de ideas, y de la cual nunca podremos mostrarnos suficientemente agradecidos los que hemos sido sus discípulos.

El jurista, el sociólogo de Estado, el historiador de las formas políticas, se sentirán a veces un poco despistados entre las páginas varias, vivas, tornasoleadas que Ortega ha escrito sobre los problemas que a ellos les interesan específicamente. Las cuestiones que son para ellos centrales y obsesivas las verán tratadas, a veces, por nuestro pensador de manera sesgada, marginal, irrespetuosa, moviéndose como pequeños pájaros entre una fresca floresta. Pero esto es justamente una de las ganancias esenciales que los especialistas deben buscar en el autor del Espectador: perspectivas, miradas de soslayo, diabluras a veces. Además, por diversas que aparezcan las líneas de su pensamiento, por encontradas que se nos presenten a veces, parten siempre, como las varillas de un abanico abierto, de un punto central. Una estupenda mano lo maneja en estos tiempos de aires intelectuales sofocantes, sumisos, aunque tan espaciosos, de la ciencia política.

L. DíEZ DEL CORRAL.

